¡YO ACUSO...!

de Emile Zola



Publicado por Planet PDF. Visita el sitio para descargar ebooks de literatura, libros y novelas.

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons AtribuciónNoComercial 3.0 Estados Unidos.

¡Yo Acuso…! de Emile Zola

Carta al Sr. Félix Faure,
presidente de la república

Señor presidente:

¿Me permite usted, dentro de mi gratitud por la benévola acogida que usted me dio un día, de tener la preocupación de su justa gloria y de decirle que su estrella, tan afortunada hasta ahora, está amenazada por la más vergonzosa, por la más imborrable de las manchas?

Salió usted airoso de sucias calumnias, conquistó los corazones. Apareció usted radiante en la apoteosis de esa fiesta patriótica que la alianza rusa fue para Francia, y se prepara para presidir el solemne triunfo de nuestra Exposición Universal, que coronará nuestro gran siglo de trabajo, de verdad y de libertad. Mas ¡menuda mancha de barro sobre su nombre —me atrevería a decir sobre su reino— que es este abominable caso Dreyfus! Un consejo de guerra acaba, por orden, de absolver a un tal Esterhazy, alucinación suprema de toda verdad, de toda justicia. Y se terminó, Francia tiene sobre el rostro esta bajeza, y la historia escribirá que fue bajo su presidencia como tal crimen social pudo cometerse.

Puesto que ellos osaron, yo también osaré. Diré la verdad, puesto que prometí decirla, si la justicia, regularmente sometida, no lo hiciera, plena y enteramente. Mi deber es hablar, no puedo ser cómplice. Mis noches estarían llenas de vergüenza por el espectro de un inocente que expía allí, en la más horrible de las torturas, un crimen que no cometió.

Y es a usted, señor presidente, a quién gritaré esta verdad, con todas las fuerzas de mi indignación de hombre honesto. Por su honor, estoy convencido de que usted desconoce lo sucedido. Por tanto, ¿a quién denunciaré la turba malvada de los verdaderos culpables, si no es a usted, el Primer Magistrado del País?

⁂

En primera instancia, la verdad acerca del proceso y la condena de Dreyfus.

Un hombre nefasto lo planeó todo, lo hizo todo: es el teniente coronel Du Paty de Clam, entonces un simple comandante. Él es el caso Dreyfus entero; eso se sabrá cuando una investigación honesta establezca con claridad sus actos y responsabilidades. Él aparenta ser un espíritu brumoso y complicado; perseguido por intrigas novelescas, aparece envuelto en seriales, documentos robados, cartas anónimas, citas en lugares desiertos, mujeres misteriosas vendiendo pruebas inculpatorias por la noche. Es él quien imaginó dictarle la nota a Dreyfus; es él quien sonó estudiarla oculto bajo el hielo; es él a quien el comandante Forzinetti nos describe sosteniendo una linterna sorda y aproximándose al acusado dormido para luego lanzarle un torrente de luz a la cara y así sorprenderlo en su crimen durante la agitación producida por el despertar. Y está de más decir que el que busca encuentra. Declaro simplemente que el comandante Du Paty de Clam, como el funcionario judicial que estaba a cargo de investigar el asunto Dreyfus, es, por fechas y responsabilidades, el primer culpable del penoso error judicial que se ha cometido.

El memorándum estuvo durante algún tiempo en manos del coronel Sandherr, director de la oficina de información, que desde entonces ha muerto de parálisis general. Se produjeron "fugas", desaparecieron documentos, como todavía hoy; se buscó al autor del memorándum, cuando de antemano se supo, poco a poco, que este autor no podía ser más que un oficial del Alto Mando y un oficial de artillería: un error doblemente flagrante, que mostraba con qué espíritu superficial se había estudiado este asunto, porque un examen razonado muestra que sólo podía tratarse de un oficial de las tropas. Así, registramos la propia casa, examinando los escritos, era como un asunto de familia, un traidor que debía ser sorprendido en su mismo despacho, con el fin de expulsarlo. Y, aunque no quiero volver a contar una historia en parte conocida aquí, el comandante Paty de Clam entra en escena, tan pronto como la primera sospecha cae sobre Dreyfus. A partir de este momento, es él quien inventó a Dreyfus, el asunto que se convierte en ese asunto, hecho activamente para confundir al traidor, para llevarlo a una confesión completa. Está el Ministro de Guerra, el General Mercier, cuya inteligencia parece pobre; está el jefe del Alto Mando, el General De Boisdeffre, que parece haber cedido a su pasión clerical, y el subdirector del Alto Mando, el General Gonse, cuya

conciencia puede aguantar muchas cosas. Pero, en el fondo, al principio, sólo está el Comandante Du Paty de Clam, que los saca a todos, que los hipnotiza, porque se ocupa también del espiritismo, del ocultismo, de conversar con los espíritus. Uno no podía concebir los experimentos a los que sometió al infeliz Dreyfus, las trampas en las que quería hacerle caer, las investigaciones demenciales, las imaginaciones monstruosas, toda una locura torturante.

Ah! Este primer caso es una pesadilla para aquellos que conocen sus verdaderos detalles! El Comandante Du Paty de Clam arresta a Dreyfus, en secreto. Se dirige a la Sra. Dreyfus, la aterroriza, le dice que si ella habla, su marido está perdido. Durante este tiempo, el infeliz se desgarró la carne, aulló su inocencia. Y las instrucciones se hacían así, como en un cuento del siglo XV, envuelto en misterio, con una complicación salvaje de las circunstancias, todo basado en una sola acusación infantil, este asunto idiota, que no sólo era una vulgar traición, sino también el más descarado de los engaños, porque los famosos secretos entregados eran casi todos sin valor. Si insisto, es que el núcleo está aquí, de donde surgirá más tarde el verdadero crimen, la terrible denegación de justicia de la que Francia está enferma. Me gustaría tocar con un dedo cómo este error judicial puede ser posible, cómo nació de las maquinaciones del Comandante Du Paty de Clam, cómo el General Mercier, el General De Boisdeffre y el General Gonse pueden dejar que suceda, para comprometerse poco a poco con su responsabilidad en este error, que creían que era necesario, más tarde, imponer como la santa verdad, una verdad que ni siquiera se discute. Al principio, no hay esto, por su parte, esta incuriosidad y obtusividad. A lo sumo, uno siente que ceden a un ambiente de pasiones religiosas y a los prejuicios del espíritu físico. Se permitieron un error.

Pero aquí Dreyfus está ante el consejo de guerra. Las puertas cerradas son absolutamente necesarias. Un traidor habría abierto la frontera con el enemigo para llevar al emperador alemán a Notre-Dame, sin tomar medidas para mantener el silencio y el misterio. La nación se queda estupefacta, susurrando hechos terribles, traiciones monstruosas que indignan a la Historia; naturalmente, la nación está inclinada a ello. No hay castigo demasiado severo, aplaudirá la degradación pública, querrá que el culpable

permanezca en su roca de infamia, devorada por el remordimiento. ¿Es esto cierto entonces, las cosas inexpresables, las cosas peligrosas, capaces de sumergir a Europa en llamas, que hay que enterrar cuidadosamente detrás de estas puertas cerradas? No! Detrás de esto, sólo estaba la imaginación romántica y lunática del comandante Paty de Clam. Todo eso se hizo sólo para ocultar la más absurda de las tramas novelescas. Y basta, para asegurarse de esto, estudiar con atención el proyecto de ley de acusación, leído ante el consejo de guerra.

¡Ah! el sinsentido de este acta de acusación! Que un hombre pueda ser condenado por este acto, es una maravilla de la iniquidad. Desafío a la gente decente a que lo lea, sin que sus corazones salten indignados y griten su revuelta, mientras piensan en el sufrimiento injustificado, allá, en la Isla del Diablo. Dreyfus conoce varios idiomas, crimen; nadie encontró en su casa papeles comprometedores, crimen; a veces regresa a su país de origen, crimen; es trabajador, quiere saberlo todo, crimen; está imperturbable, crimen; está perturbado, crimen. Y la ingenuidad de redactar afirmaciones formales en el vacío! Se nos habló de catorce cargos: encontramos sólo uno en el análisis final, el del memorando; e incluso nos enteramos de que los expertos no estuvieron de acuerdo, que uno de ellos, el Sr. Gobert, fue coaccionado militarmente, porque no se permitió llegar a una conclusión en la dirección deseada. Uno también habló de veintitrés oficiales que habían venido a declarar contra Dreyfus. No conocemos sus interrogatorios, pero es cierto que no todos le acusaron; y es de notar, además, que todos pertenecían a las oficinas de guerra. Es un pleito de familia, uno está ahí contra uno mismo, y es necesario recordar esto: el Alto Mando quería el pleito, fue juzgado, y acaba de juzgarlo por segunda vez.

Por lo tanto, sólo quedaba la nota, en la que los expertos no habían estado de acuerdo. Se informa de que, en la sala del consejo, los jueces iban a absolver naturalmente. Y en consecuencia, cuando uno comprende la obstinación desesperada con que, para justificar el juicio, hoy se afirma la existencia de una parte secreta, abrumadora, una parte que no se puede mostrar, que legitima todo, ante la cual debemos inclinarnos, ¡el Dios bueno invisible e incognoscible! ¡Lo niego, esta parte, lo niego con todas mis fuerzas! Una parte ridícula, sí, quizás la parte en la que se trata de mujeres

jóvenes, y en la que se habla de un cierto D.... que se vuelve demasiado exigente: algún marido indudablemente descubre que su mujer no le pagaba lo suficiente. Pero una parte interesante es la defensa nacional, que no se podría producir sin que se declarara la guerra mañana, ¡no, no! Es una mentira! y es tanto más odioso y cínico que mientan con impunidad sin que uno pueda convencer a los demás de ello. Reúnen a Francia, se esconden tras su legítima emoción, cierran las bocas perturbando los corazones, pervirtiendo los espíritus. No conozco un crimen cívico mayor.

Aquí, pues, señor Presidente, están los hechos que explican cómo se puede hacer un error judicial; y la evidencia moral, las circunstancias económicas de Dreyfus, la ausencia de razón, su continuo grito de inocencia, completan su demostración como víctima de las extraordinarias imaginaciones del comandante Du Paty de Clam, del medio clerical en el que fue encontrado, de la caza de los "judíos sucios", que deshonran nuestro tiempo.

⁂

Y llegamos al asunto Esterhazy. Transcurridos tres años, muchas conciencias permanecen profundamente perturbadas, preocupadas, buscan, terminan convencidas de la inocencia de Dreyfus.

No voy a dar la historia de las dudas y de la convicción del Sr. Scheurer-Kestner. Pero, mientras que esto fue excavado en el lado, ignoró los graves acontecimientos entre el Alto Mando. El Coronel Sandherr estaba muerto, y el Mayor Picquart le sucedió como jefe de la oficina de información. Y fue por esta razón, en el desempeño de sus funciones, que este último un día encontró en sus manos una carta-telegrama, dirigida al comandante Esterhazy, de un agente de una potencia extranjera. Su estricto deber era abrir una investigación. Es cierto que nunca actuó al margen de la voluntad de sus superiores. Así pues, presentó sus sospechas a sus superiores en rango, el general Gonse, luego el general De Boisdeffre y luego el general Billot, que había sucedido al general Mercier como ministro de guerra. El infame archivo Picquart, del que tanto se habló, nunca fue más que un archivo Billot, un archivo hecho por un subordinado para su ministro, un archivo que aún debe existir dentro del Ministerio de Guerra. Las

investigaciones se llevaron a cabo de mayo a septiembre de 1896, y lo que debería estar bien afirmado es que el general Gonse estaba convencido de la culpabilidad de Esterhazy, y que los generales De Boisdeffre y Billot no cuestionaron que el memorándum fuera escrito por Esterhazy. La investigación del mayor Picquart había llevado a esta observación incuestionable. Pero la agitación era grande, porque la condena de Esterhazy implicaba inevitablemente la revisión del juicio de Dreyfus; y esto, el Alto Mando lo quería evitar a toda costa.

Debe haber habido un minuto entero lleno de angustia psicológica. Noten que el General Billot no estaba comprometido de ninguna manera, llegó completamente fresco, podía decidir la verdad. No se atrevió, sin duda por temor a la opinión pública, y menos aún por temor a traicionar a todo el Alto Mando, al general De Boisdeffre, al general Gonse, sin mencionar a los de menor rango. Por lo tanto, sólo hubo un minuto de conflicto entre su conciencia y lo que él creía que era el interés de los militares. Pasado este minuto, ya era demasiado tarde. Estaba comprometido, estaba comprometido. Y, desde entonces, su responsabilidad no hizo más que crecer, asumió la responsabilidad por los crímenes de los demás, se volvió tan culpable como los demás, era más culpable que ellos, porque era el Maestro de la Justicia, y no hizo nada. ¡Entienda eso! ¡En este país, desde hace un año, el general Billot, el general De Boisdeffre y el general Gonse saben que Dreyfus es inocente, y se guardaron esta cosa espantosa para sí mismos! ¡Y esta gente duerme por la noche, y tienen mujeres y niños a quienes aman!

El mayor Picquart había cumplido con su deber como hombre honesto. Insistió a sus superiores, en nombre de la justicia. Incluso les suplicó, les dijo cuánto mal aconsejaban sus tiempos, frente a la terrible tormenta que iba a caer, que iba a estallar, cuando se conociera la verdad. Fue, más tarde, el lenguaje que el Sr. Scheurer-Kestner también usó con el General Billot, rogándole con patriotismo que tomara el asunto en sus manos, no lo dejara empeorar, a punto de convertirse en un desastre público. No! El crimen se había cometido, y el Alto Mando ya no podía reconocerlo. Y el mayor Picquart fue enviado en una misión que lo llevó cada vez más lejos, hasta Túnez, donde no hubo ni un día para honrar su valentía, encargado de una

misión que seguramente habría terminado en una masacre, en las fronteras donde el marqués de Morès se encontró con su muerte. No estaba en desgracia, pues el general Gonse mantuvo una correspondencia amistosa con él. Sólo se trata de secretos que no era bueno que descubriera.

A París, la verdad llegó inexorablemente, y se sabe cómo estalló la esperada tormenta. El Sr. Mathieu Dreyfus denunció al comandante Esterhazy como el verdadero autor del memorando, al igual que el Sr. Scheurer-Kestner exigió una revisión del caso al Ministro de Justicia. Y es aquí donde aparece el comandante Esterhazy. El testimonio muestra que inicialmente entró en pánico, listo para suicidarse o escapar. Luego, de golpe, actuó con audacia, asombrando a París por la violencia de su actitud. Es entonces cuando la ayuda le había llegado, había recibido una carta anónima informándole del trabajo de sus enemigos, una misteriosa dama había venido encubierta de noche para devolver al Alto Mando una prueba robada en su contra, que le salvaría. Y no puedo evitar encontrar al Mayor Paty de Clam aquí, considerando su fértil imaginación. Su trabajo, la culpabilidad de Dreyfus, estaba en peligro, y seguramente quería defender su trabajo. El nuevo juicio fue el colapso de una novela tan extravagante, tan trágica, cuyo abominable resultado tiene lugar en la Isla del Diablo! Esto es lo que no podía permitir. En consecuencia, tendría lugar un duelo entre el Mayor Picquart y el Mayor Du Paty de Clam, uno con la cara descubierta y el otro enmascarado. Pronto ambos serán encontrados ante la justicia civil. Al final, fue siempre el Alto Mando el que se defendió, el que no quiso reconocer su crimen; la abominación fue creciendo hora tras hora.

Uno se preguntaba con asombro quién protegía al comandante Esterhazy. Inicialmente, en las sombras, fue el Mayor Du Paty de Clam quien conspiró y dirigió todo. Su mano fue traicionada por sus absurdos medios. Luego, fue el general De Boisdeffre, fue el general Gonse, fue el propio general Billot, quien se vio obligado a despedir al comandante, ya que no pueden permitir el reconocimiento de la inocencia de Dreyfus sin que el departamento de guerra se derrumbe bajo el desprecio público. Y el hermoso resultado de esta extraordinaria situación es que el hombre honesto de allí, el mayor Picquart, que sólo cumplió con su deber, se convirtió en víctima del ridículo y el castigo. Oh justicia, qué terrible desesperación se

apodera del corazón! Se podría decir que él era el falsificador, que fabricó el carte-télegramme para condenar a Esterhazy. Pero, ¡por Dios! ¿Por qué? ¿Con qué fin? Dame un motivo. ¿También le pagan los judíos? El chiste de la historia es que de hecho era antisemita. Sí! asistimos a este espectáculo infame, de los hombres perdidos de deudas y crímenes sobre los que se proclama la inocencia, mientras se ataca el honor de un hombre con una vida impecable! Cuando una sociedad hace esto, cae en decadencia.

He aquí, señor Presidente, el caso Esterhazy: un culpable cuyo nombre era una cuestión de limpieza. Durante casi dos meses, hemos podido seguir hora tras hora el hermoso trabajo. Abreviaré, porque no es aquí donde un día se escribirá un resumen de las extensas páginas de la historia. Vimos así al general De Pellieux, entonces comandante de Ravary, dirigir una investigación en la que los bribones se transfiguran y la gente decente se ensucia. Entonces, se convocó el consejo de guerra.

⁂

¿Cómo se podía esperar que un consejo de guerra demoliera lo que un consejo de guerra había hecho?

Ni siquiera menciono la siempre posible elección de los jueces. ¿No es la idea superior de la disciplina, que está en la sangre de estos soldados, suficiente para cancelar su capacidad de equidad? ¿Quién dice que la disciplina engendra obediencia? Cuando el Ministro de Guerra, el jefe en general, estableció públicamente, con las aclamaciones de la representación nacional, la autoridad de la decisión final; ¿quieres que un consejo de guerra le dé una negación formal? Jerárquicamente, eso es imposible. El general Billot influyó en los jueces con su declaración, y juzgaron como debían bajo fuego, sin razonar. La opinión preconcebida que trajeron a sus asientos, es obviamente esta: "Dreyfus fue condenado por crimen de traición por un consejo de guerra, por lo tanto es culpable; y nosotros, un consejo de guerra, no podemos declararlo inocente, porque sabemos que reconocer la culpabilidad de Esterhazy sería proclamar la inocencia de Dreyfus." Nada podía hacerlos abandonar esa posición.

Dictaron una sentencia injusta que pesará para siempre sobre nuestros consejos de guerra, mancillando todos sus arrestos a partir de ahora con sospechas. El primer consejo de guerra podría haber sido tonto; el segundo era inevitablemente criminal. Su excusa, repito, era que el jefe supremo había hablado, declarando la cosa considerada inexpugnable, santa y superior a los hombres, de modo que los inferiores no podían decir lo contrario. Se nos habla del honor del ejército, que nos guste, que lo respetemos. Ah! es cierto, sí, el ejército que se levantaría a la primera amenaza, que defendería el suelo francés, es todo el pueblo, y para ello sólo tenemos ternura y respeto. Pero no se trata de eso, para lo que precisamente queremos dignidad, en nuestra necesidad de justicia. Es sobre la espada, el Maestro que nos dará mañana quizás. ¡Y no beses con devoción el mango de la espada, por Dios!

He demostrado además que el caso Dreyfus fue el caso del departamento de guerra: un oficial del Alto Mando, denunciado por sus camaradas del Alto Mando, condenado bajo la presión de los jefes del Alto Mando. Una vez más, no se puede restaurar su inocencia sin que todo el Alto Mando sea culpable. También las oficinas, por todos los medios imaginables, por campañas de prensa, por comunicaciones, por influencias, protegieron a Esterhazy sólo para condenar a Dreyfus por segunda vez. Qué cambios radicales debería dar el gobierno republicano a esta "jésuitière", como el propio general Billot lo llama! ¿Dónde está el ministerio verdaderamente fuerte de patriotismo sabio que se atreverá a reforjar y renovar todo? Qué de la gente que conozco que, ante la posibilidad de una guerra, tiembla de angustia sabiendo en qué manos está la defensa nacional! Y en qué nido de intrigas, chismes y dilapidaciones se ha convertido este asilo consagrado, donde se decide el destino de la patria! Uno tiembla ante el terrible día que acaba de lanzar el asunto Dreyfus, este sacrificio humano de un desafortunado, un "judío sucio"! Ah! todo eso fue locura agitada allí y estupidez, locura de imaginación, prácticas de baja fuerza policial, maneras de inquisición y tiranía, buen placer de algunos suboficiales poniendo sus botas sobre la nación, devolviéndole en su garganta su grito de verdad y justicia, bajo el pretexto mentiroso y sacrilegio de la razón de Estado.

Y es un crimen más haberse apoyado en la prensa sucia, dejarse defender por toda la chusma de París, para que la chusma triunfe insolentemente en la derrota de la ley y en la simple probidad. Es un crimen haber acusado a quienes deseaban una Francia noble, a la cabeza de las naciones libres y justas, de molestarla, cuando uno se tuerce el descarado complot para imponer el error, ante el mundo entero. Es un delito perder la opinión, utilizar para un trabajo malicioso esta opinión, pervertida hasta el punto de volverse delirante. Es un crimen envenenar a los pequeños y humildes, envenenar las pasiones exasperadas de la reacción y la intolerancia, refugiándose en el odioso antisemitismo, del que, si no se cura, morirá la gran Francia liberal de los derechos humanos. Es un crimen explotar el patriotismo por obras de odio, y es un crimen, finalmente, convertirse en sable del dios moderno, cuando toda la ciencia social está con trabajo para la obra de verdad y justicia más cercana.

Esta verdad, esta justicia, que tan apasionadamente queríamos, ¡qué angustia verlos así humillados, más ignorados y más oscurecidos! Sospecho del colapso que debe tener lugar en el corazón del Sr. Scheurer-Kestner, y creo que bien que terminará sintiendo remordimiento por no haber actuado revolucionariamente, el día del interrogatorio en el Senado, al liberar todo el paquete, para que todos lo tiren a la basura. Era el gran hombre honesto, el hombre de su vida honesta, creía que la verdad bastaba para sí misma, especialmente cuando parecía tan brillante como el día entero. ¿De qué sirve poner todo patas arriba cuando pronto iba a brillar el sol? Y es por esta neutralidad de confianza por la que es tan cruelmente castigado. Lo mismo ocurre con el mayor Picquart, que, por un sentimiento de gran dignidad, no quiso publicar las cartas del general Gonse. Estos escrúpulos lo honran más especialmente porque, mientras se mantuvo una disciplina respetuosa, sus superiores lo cubrieron de barro, se informaron de su demanda, de la manera más inesperada y escandalosa. Hay dos víctimas, dos buenas personas, dos corazones sencillos, que esperaban a Dios mientras el diablo actuaba. Y uno incluso vio, para el mayor Picquart, esta cosa miserable: un tribunal francés, después de haber dejado que el ponente acusara públicamente a un testigo, para mostrarle todas las faltas, cerró sus puertas, cuando este testigo fue presentado para ser explicado y defenderse. Digo que este es otro crimen y que este crimen despertará la conciencia universal.

Decididamente, los tribunales militares tienen una idea singular de la justicia.

⁂

Por lo tanto, esa es la simple verdad, Sr. Presidente, y es espantoso, seguirá siendo una mancha para su presidencia. Dudo mucho que no tenga capacidad en este asunto, que sea usted el prisionero de la Constitución y de su entorno. No obstante, tienes el deber de un hombre, en el que pensarás y que cumplirás. No se trata, además, de que desespere lo mas mínimo sobre las posibilidades de triunfo. Lo repito con una certeza más vehemente: la verdad avanza y nada la detendrá. Hoy, el asunto no hace más que empezar, ya que hoy sólo están claras las posiciones: por un lado, los culpables que no quieren que llegue la luz; por otro, los portadores de la justicia que darán su vida para verla venir. Lo dije en otra parte, y lo repito aquí: cuando uno encierra la verdad bajo tierra, se amontona allí, lleva allí una fuerza tal de explosión, que el día en que estalla, hace que todo salte con ella. Veremos, si no nos preparamos para más adelante, el más sonoro de los desastres.

Pero esta carta es larga, Sr. Presidente, y es hora de concluir.

Acuso al comandante Du Paty de Clam de ser el diabólico obrero del error judicial, sin saber, he querido creerlo, y de defender su dañina obra, durante tres años, por la más culpable y absurda de las maquinaciones.

Acuso al General Mercier de ser cómplice, aunque sea por debilidad de espíritu, de una de las mayores iniquidades del siglo.

Acuso al general Billot de haber tenido en sus manos la incuestionable prueba de la inocencia de Dreyfus y de haberla reprimido, culpable de este crimen que hiere la humanidad y la justicia, con un fin político y para salvar a la comprometida Chie del Alto Mando.

Acuso a los generales De Boisdeffre y Gonse de cómplices del mismo crimen, uno sin duda por pasión clerical, el otro quizás por este espíritu de cuerpo que hace de los oficios de la guerra un archienemigo infalible.

Acuso al general De Pellieux y al comandante Ravary de realizar una investigación deshonesta, es decir, una investigación de la más monstruosa parcialidad, de la que tenemos, en el informe del segundo, un monumento imperecedero de audacia ingenua.

Acuso a los tres expertos en escritura, los señores Belhomme, Varinard y Couard, de presentar informes falsos y fraudulentos, a menos que un examen médico los declare afectados por una enfermedad de la vista y del juicio.

Acuso a las oficinas de la guerra de llevar a cabo una abominable campaña de prensa, particularmente en el Flash y el Eco de París, para engañar al público y cubrir su culpa.

Finalmente, acuso al primer consejo de guerra de violar la ley al condenar a un acusado con pruebas no reveladas, y acuso al segundo consejo de guerra de encubrir esta ilegalidad, por orden, al cometer a su vez el crimen legal de liberar al culpable a sabiendas.

Al proclamar estas acusaciones, no ignoro que me someto a los artículos 30 y 31 de la ley de prensa del 29 de julio de 1881, que castiga el delito de calumnia. Y es voluntariamente que me expongo.

En cuanto a las personas a las que acuso, no las conozco, nunca las he visto, no tengo contra ellas ni resentimiento ni odio. Para mí, son sólo entidades, espíritus del mal social. Y el acto que estoy realizando es sólo un medio revolucionario para acelerar la explosión de la verdad y la justicia.

Sólo tengo una pasión, la de la luz, en nombre de la humanidad que tanto ha sufrido y tiene derecho a la felicidad. Mi protesta encendida no es más que el grito de mi corazón. Por lo tanto, atrévanse a llevarme a la corte penal, y a que la investigación se lleve a cabo a plena luz del día!

Estoy esperando.

Le ruego acepte, Sr. Presidente, la seguridad de mi profundo respeto.